

Europa: *civilización urbana*

Claude Lefort*

Cuando Olivier Mongin me invitó a participar en estos encuentros, que se sitúan bajo el signo de una interrogación respecto de los valores que Europa debería defender, se me ocurrió que, más que apegarme a tal o cual valor que podría parecerme primordial, tal vez sería mejor preguntarme cómo se establecieron en este continente las relaciones entre los hombres, cómo se formó la experiencia del *vivir juntos* que dio origen a una ética humanista. La noción de valor corre el riesgo de resultar abstracta, en efecto, si no damos la importancia necesaria a los comportamientos y prácticas a los que ya ciertos sujetos otorgaban un sentido antes de que se elevaran al nivel de la reflexión, y de que suscitaban la idea de lo que es en sí justo o injusto, bueno o malo, deseable o censurable. Así, consideré que algún interés tendría el poner en relieve estos focos de innovación que fueron las ciudades en Europa.

Hace ya mucho tiempo me había dado la voz de alerta la lectura de la obra de un sinólogo, Étienne Balazs, titulada *La bureaucratie céleste*.¹ Se trataba de varios ensayos reunidos, en 1968, después del deceso del autor, por un maestro de la sinología francesa, Paul Demiéville. Fue una iniciativa tanto más notable cuanto que Balazs sacudía la tradición de los especialistas al comparar la evolución de China con la de Europa y al vincular un análisis socioeconómico con una teoría política del imperio chino. Además, Balazs, nacido en Budapest, que había hecho estudios superiores en Berlín, luego había huido de Alemania en el momento

* Traducción de Arturo Vázquez Barrón.

¹ Étienne Balazs, *La bureaucratie céleste, Recherches sur l'économie et la société de la Chine traditionnelle*, París, Fayard, 1999.

en que Hitler llegó al poder, y por último había llevado una vida clandestina en Francia bajo el régimen de Pétain, no escondía lo que su interpretación le debía a su propia experiencia en cuanto a los movimientos totalitarios contemporáneos. Balazs ponía en evidencia lo perenne de un sistema burocrático, a pesar de los cambios de dinastía, de las tensiones entre doctrinas rivales –confucianismo, escuela de la ley, taoísmo– y a pesar incluso del hecho de que había coexistido durante algún tiempo con un régimen feudal. Para él, tal sistema no había dejado de caracterizarse por el dominio de los funcionarios, cuyo reclutamiento se efectuaba mediante exámenes literarios. Estos funcionarios constituían una verdadera clase, cuyos miembros no eran especialistas, pero no tenían otra función que la de gobernar a los hombres. Por mediación de esta clase –la de los mandarines, que no gozaban de independencia personal, se vigilaban mutuamente, nunca se sentían seguros de su posición y sacaban su fuerza del hecho de encontrarse unidos unos con otros por un interés común– el Estado ejercía su omnipotencia. No hay ningún rastro de individualismo en esta sociedad: cada uno se encuentra englobado en su familia, dedicado al culto de los antepasados; ningún rastro de mano de obra libre; un número limitado de comerciantes y artesanos. No obstante, podían encontrarse en ella las señales de una tecnología muy adelantada, aunque los descubrimientos no tuvieran su origen en una ciencia experimental y no crearan las condiciones para un desarrollo capitalista. No pretendo resumir las tesis de Balazs, quien en más de un lugar se refiere a Max Weber. Tan sólo retengo este juicio: el estudio de la sociedad china puede servir de espejo del Occidente.² Ahora bien, este juicio lo apoya varias veces en la observación de la debilidad de las ciudades chinas. En particular, después de haber mencionado el completo sometimiento de los campesinos, escribe: “Es exactamente lo contrario de lo que ocurre en Europa. En la ciudad franca el siervo encontraba refugio en una burguesía autónoma. Y, aquí, *vemos con claridad el fondo del problema*, las ciudades chinas no eran la muralla de la libertad, sino la sede del mandarinato, el centro de la administración estatal”.³

² *Ibid.*, p. 41: “Su estudio puede servir de espejo negativo a lo que es único en la historia de Occidente. Con eso queremos decir que la evolución de la sociedad occidental moderna aparece en este espejo como el reverso de la imagen china”.

³ *Ibid.*, pp. 42-43.

Insistamos en las referencias que Étienne Balazs hace de los trabajos de Weber. Una parte de *Wirtschaft und Gesellschaft* está, en efecto, consagrada a la ciudad.⁴ Weber elabora aquí, en primer lugar a partir de un impresionante material, una tipología de las ciudades. En particular, hace el bosquejo del retrato de la ciudad china y de la ciudad rusa. Me limito a mencionar dos secciones de este capítulo, una de ellas titulada “Carácter asociativo de la comuna”, y la otra, “Calificación de lo ‘burgués’ en Occidente. Ausencia de estas dos nociones en Oriente”. Escribe: “Ni las ciudades, en el sentido económico del término, ni las ciudades-fortaleza cuyos habitantes estaban subordinados a estructuras político-administrativas excepcionales, constituían necesariamente comunas. La comunidad urbana, en el sentido pleno del término, no apareció como fenómeno masivo más que en Occidente”.⁵ En el segundo capítulo, después de observar que la comuna se caracteriza por la predominancia de la actividad comercial y artesanal, que por lo general se encuentra fortificada y posee un mercado, subraya que se distingue por el hecho de que cuenta con un tribunal, al menos en forma parcial, con un derecho que le es propio, con las correspondientes formas asociativas –es decir, corporaciones– y de que dispone al mismo tiempo de una autonomía parcial y de un autogobierno cuya administración implica la participación de los ciudadanos. Este nuevo orden de organización va acompañado de la formación de un “orden” separado, portador de los privilegios de la ciudad o, como podría decirse en otros términos, garante de su derecho ante el mundo cercano: el orden burgués. Al indicar la importancia del desarrollo de la riqueza en la mayoría de las ciudades, Weber precisa que la burguesía se distingue mediante una deliberada política social de promoción. En ellas se alienta la inmigración con el fin de incrementar el número de participantes en los intercambios, ya sean consumidores o productores, y se afirma la voluntad de conservar a los siervos enriquecidos; por lo tanto, de oponerse a sus antiguos amos cuando éstos se proponen apropiarse de ellos o de imponerles un tributo. Estas son las circunstancias en las cuales, según Weber, la burguesía logró mediante la violencia el fin del derecho feudal. “Esta usurpación –escribe– constituye la mayor innovación revolucionaria de las ciuda-

⁴ Max Weber, *La ville*, París, Aubier-Montaigne, 1982, trad. de Philippe Fritsch, pref. de Julien Freund (extracto de *Wirtschaft und Gesellschaft*, J.C.B. Mohr, 3a ed., 1974).

⁵ *Ibid.*, p. 19.

des del Occidente medieval, en relación con todas las demás ciudades”. En las ciudades de Europa central y septentrional es donde aparece la máxima “El aire de la ciudad te vuelve libre”.⁶ Weber llama la atención, por una parte, sobre la práctica de la “fraternización comunitaria fundada en el juramento” y por otra sobre “la competencia militar del ciudadano como fundamento del desarrollo occidental”. Son estos los títulos de otras dos secciones. A la fraternización se oponían en Asia las múltiples organizaciones religiosas, el culto a los antepasados en China, o bien el sistema de castas en India, que imponía divisiones a las comunidades. Pero más importante aún le parece el establecimiento en Asia de una burocracia surgida como consecuencia de la necesidad de dirigir las grandes obras de irrigación, y cuyas competencias se extendieron a toda la administración del imperio. En tales condiciones, ninguna libertad se dejaba a las ciudades para que dispusieran de fuerzas militares y para que se defendieran con sus propios medios. Así pues, lo que hace la originalidad de la comuna en Occidente es la aparición del ciudadano-soldado, inconcebible en otras partes. En Oriente, ninguna comunidad política de ciudadanos autónomos podía ser reconocida, y el ciudadano era, por excelencia, el no militar.

Debo precisar que aquí encontramos en Weber un elemento de la tesis que Wittfogel desarrollará más tarde en su monumental obra, *Despotismo oriental* –despotismo que le parece característico de lo que él llama “la sociedad hidráulica”–.⁷ Por lo demás, Wittfogel señala la influencia que Weber ejerció en él. Por más exacta que sea la crítica de esta obra, cuya teoría es excesivamente reduccionista⁸ (ignora al mismo tiempo algunas soluciones a los problemas de irrigación que aportaron comunidades locales y también algunas formas de despotismo que no le deben nada a la necesidad de grandes obras para regular el curso de las aguas), el cuadro de un régimen que vuelve imposible la formación de ciudades autónomas sigue siendo por completo convincente.

⁶ *Ibid.*, p. 52.

⁷ Karl A. Wittfogel, *Despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario*, Madrid, Guadarrama, 1966, trad. de Francisco Presedo.

⁸ Pierre Vidal-Naquet desarrolla una amplia crítica de las tesis de Wittfogel en su comentario preliminar a la edición francesa de la obra mencionada: *Le despotisme oriental*, París, Éditions de Minuit, 1964, trad. de Anne Marchand, pref. de Julien Freund.

Así pues, Weber nos hace reconocer la originalidad de la ciudad europea respecto de las civilizaciones orientales, aunque dicha originalidad puede, del mismo modo, observarse en los horizontes de nuestro continente. Me refiero a una sección de un capítulo del famoso libro de Marc Bloch, *La société féodale*.⁹ El autor señala que “ninguna de las lenguas habladas en la Europa feudal disponía de términos que permitieran distinguir claramente, en tanto lugares habitados, la ciudad del pueblo. *Ville, town* y *stadt* se aplicaban indiferentemente a los dos tipos de agrupamiento [...] Desde el siglo XI, por el contrario, a las palabras de caballero, clérigo y aldeano, el nombre de burgués –francés de origen, pero pronto adoptado por el uso internacional– se opone en un contraste carente de ambigüedad”.¹⁰ Así que al oír a Marc Bloch, lo que resulta primordial no es tanto la imagen de la comuna, sino la de un tipo de hombre, el elemento más actuante de la sociedad, comerciante y artesano. Consigno la expresión: “un instinto muy seguro había captado que la ciudad se caracterizaba ante todo como el emplazamiento de una humanidad particular”.¹¹ Al describir la exasperación que el burgués concebía respecto de todas las reglamentaciones impuestas y el odio que le inspiraban los señores y sus bandas, que amenazaban la libertad de movimiento esencial para el comercio, Bloch dice además: “la ciudad que él sueña con construir será, en la sociedad feudal, como un cuerpo extranjero”.¹² Atento, como todos los historiadores, a la función que ejerció el juramento mutuo de los burgueses, Bloch hace resaltar la subversión que operaba en una institución típicamente feudal. En ésta, apunta, “el juramento de ayuda y de amistad” había figurado, desde el principio, como una de las piezas maestras del sistema. Pero era un compromiso de abajo hacia arriba, que unía a un sujeto con un superior. La originalidad del juramento comunal (quizás en pequeña escala se había realizado antes entre comerciantes) “fue la de unir a iguales”.¹³

⁹ Marc Bloch, *La société féodale. Les classes et le gouvernement des hommes*, París, Albin Michel, col. *L'évolution de l'humanité*, 1940. [Hay traducción al español: *La sociedad feudal*, Madrid, UTHEA, 1958. N. del T.]

¹⁰ *Ibid.*, p. 112.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, p. 114.

¹³ *Ibid.*, p. 115.

Humanidad singular, cuerpo extranjero, unión de iguales: estas expresiones hacen resaltar la vocación de la comuna para volverse el fermento de disolución del orden jerárquico que volverá a encontrar su fuerza en el Renacimiento, y luego al final del Antiguo Régimen.

Bloch, hay que precisarlo, no deja duda en cuanto a las desigualdades presentes en la ciudad; la dominación de los ricos sobre los pobres, a veces más cruel que la de los nobles; el acaparamiento de las decisiones públicas por parte de los regidores (en el norte) o de los cónsules (en el sur) y por parte de consejos cuyos miembros forman parte de una limitada élite de burgueses, patricios o nuevos ciudadanos enriquecidos; los límites de la participación popular en la vida de la ciudad. Jacques Le Goff, y ya antes también Augustin Thierry y François Guizot, no suscitan, tampoco, esperanzas sobre la democracia comunal. Sin embargo, no hay duda de que, para retomar la máxima citada por Max Weber, el aire de la ciudad te vuelve libre. La libertad significa la disolución de los vínculos de dependencia personal, y también la posibilidad para cada quien de cambiar su condición, en favor del trabajo, de la capacidad de iniciativa, de la educación, o de la suerte. Jacques Le Goff, en el curso de algunas páginas sorprendentes, hace entrever un rasgo distintivo de la ciudad de la era medieval. Después de haber evocado algunos cambios que caracterizan la economía urbana y las instituciones políticas, anota: “de existir un hombre medieval, uno de los principales tipos de este hombre medieval es el ciudadano”. Y, citando a Jacques Rossiand, prosigue:

¿Qué hay de común entre el mendigo, el burgués, el canónigo y la prostituta, que son todos ciudadanos?, ¿entre el habitante de Florencia y el de Montbrison?, ¿entre el neocitadino del crecimiento primero y su descendiente del siglo XV? Si bien sus constituciones no se asemejan, igual que su mentalidad, el canónigo se cruza forzosamente con la prostituta, el mendigo y el burgués. Unos y otros no pueden ignorarse y se integran en un mismo pequeño universo de densa repoblación, que impone formas de sociabilidad desconocidas en el pueblo, una forma de vivir específica, el uso cotidiano de fondos públicos y, para algunos de ellos, una obligatoria apertura al mundo.¹⁴

¹⁴ Jacques Le Goff, J. C. Schmitt, *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, París, Fayard, 1999, entrada “ville”, p. 1195.

La ciudad inaugura una experiencia singular en el sentido de que suscita una puesta en relación de todos con todos, la confrontación de cada quien con otro cualquiera.

¿Qué quiere decir Weber cuando propone que la ciudad no es producto de las corporaciones, sino que, al contrario, es la ciudad la que se encuentra en el origen de estas últimas? No pretende negar que primero se crean asociaciones de comerciantes o de artesanos, pero ve en la constitución de una comunidad organizada las condiciones para una distribución de los oficios. Me parece que este argumento adquiere toda su relevancia si se consideran la creación y el desarrollo de las universidades –la universidad volviéndose a su vez una especie de corporación muy particular, una corporación intelectual–. Uno de los objetivos del muy erudito libro de Jacques Verger, *Les Universités au Moyen Âge*,¹⁵ consiste en describir los vínculos que mantiene la institución universitaria con los demás modelos de organización que le eran contemporáneos y el partido que sacaron maestros y estudiantes de la dificultad que tenían las autoridades eclesiásticas para responder al problema que, desde el siglo XII, había planteado la multiplicación de las escuelas –un fenómeno suscitado por el auge demográfico de la ciudad y la deserción en los monasterios, que antes eran los únicos lugares de enseñanza–. Tan grande resulta el problema que el papado, consciente de los peligros que representa la resistencia del clero local a renunciar al monopolio escolar a principios del siglo XIII, crea una *licencia ubique docendi*, que destruye los privilegios de las diócesis, y esto sin dejar de afirmar el derecho de Roma a controlar todas las actividades de enseñanza en Europa. Por más prudente que sea el historiador, cuyos análisis más detallados tratan sobre la Universidad de París y la de Bolonia, concluye que “la mayor originalidad de las universidades medievales es quizá la de haber sido un inmenso esfuerzo para hacer que pasara la cultura [...] del mundo del ocio estudioso (y de la oración) al mundo del trabajo”.¹⁶ Así subraya el alcance social de las nuevas instituciones: “sustraída a los ocios de clérigos privilegiados o de aristócratas letrados, la enseñanza se volvía asunto de especialistas, un oficio”. La consecuencia de esto es una creciente participación de los hombres

¹⁵ Jacques Verger, *Les Universités au Moyen Âge*, París, P.U.F., 1972.

¹⁶ *Ibid.*, p. 23.

formados en las universidades en el desarrollo de la administración del Estado y también en el clero, así como en el proceso de racionalización del que se beneficiará más tarde el auge del Estado-nación. Pero no menos sugestiva es la imagen que ofrece Verger de la circulación de estudiantes y maestros en toda Europa y de su aptitud para separarse (como consecuencia de limitaciones que les parecían insoportables) y para suscitar la creación de nuevas universidades en diferentes ciudades. Así, Arezzo, Vicenza, Vercelli, y luego Padua, sacaron partido de una renuncia de Bolonia, y Cambridge de una renuncia de Oxford.¹⁷ En diversas universidades se mezclan nacionales y extranjeros, al mismo tiempo que a veces se reparten en función de su origen. De todos los ejemplos de mezcla de razas universitaria, el más sorprendente es aquel que el historiador obtiene de un testimonio de Jean de Salisbury, estudiante en París de 1135 a 1148: éste menciona en su correspondencia la presencia de un importante grupo de ingleses, algunos de los cuales eran famosos maestros, y la de escandinavos, alemanes e italianos.¹⁸ Un poco antes, un conflicto con la autoridad real y la autoridad eclesiástica había provocado en París la dispersión de maestros y alumnos en las ciudades del norte de Francia e incluso en Inglaterra. Si imagina uno cuál era el estado de las vías de comunicación en esa época, ¿cómo no sorprenderse de la extraordinaria precocidad de una cultura europea? Es seguro el hecho de que la ciudad sigue siendo, por un buen número de rasgos, lo que fue al término del periodo feudal, el emplazamiento de una humanidad particular, para retomar la palabra de Bloch, pero ahora muy pocas ciudades resultan ser focos de socialización que llevan la misma marca de apertura al mundo.

Mi intención, hay que precisarlo, no es la de reducir a un tipo único la variedad de ciudades del continente, incluidas las que se volvieron ciudades-Estado, aunque no sea más que delimitando el periodo que se extiende de los siglos XII al XVI. Las ciudades evolucionan y se diferencian en función de cambios políticos mayores, particularmente del aumento de poderío de los Estados territoriales y, no en menor medida, en función de la modificación de los grandes ejes del comercio internacional. Para limitarme a un solo ejemplo, los Países Bajos siguen

¹⁷ *Ibid.*, p. 40.

¹⁸ *Ibid.*, p. 26.

siendo durante mucho tiempo el teatro de la más intensa red urbana, pero las ciudades de la Flandes valona se vuelven provinciales, observa Alain Derville en su encuesta sobre Flandes y Artois, en la época en que Amberes se vuelve el centro más activo, y luego cuando a Amberes la sustituye Ámsterdam. Si resulta posible, por lo menos, discernir una tendencia común, esta es la de la oligarquización de las comunas, la dominación de la magistratura, que se vuelve asunto de un reducido número de familias que tienen la habilidad de entenderse para asumir por turnos la dirección de la ciudad. A lo que se añade en las “buenas ciudades de Francia” el compromiso de los magistrados con los hombres del rey. A pesar de eso, no hay lugar para confundir oligarquía y aristocracia nobiliaria o patricia. Derville afirma, en oposición a la tesis de Pirenne y con base en una abundante documentación, que no hay rastros de patricios en Flandes.¹⁹ Por su parte, Philippe Grignet, en su monumental estudio sobre las ciudades de los Países Bajos, *Le pouvoir dans la ville au XVIII^e siècle*,²⁰ que da paso, a pesar de su título, a las constituciones municipales antiguas, pone en evidencia la persistencia del “espíritu republicano”.²¹ Todavía en el siglo XVIII, considera, el rasgo dominante del modelo urbano de organización política no es el rechazo a todo reconocimiento simbólico de un poder principesco superior, “es la preocupación de proteger a la comuna contra toda acción efectiva del poder soberano; en pocas palabras, este espíritu republicano responde a la voluntad tenaz (del gobierno municipal) de administrar sus propios asuntos y de hacer justicia a sus propios burgueses sin que el control de las autoridades superiores tenga un contenido real”.²² Un signo elocuente de la creencia en una identidad propia y en una permanencia de la ciudad es la elaboración de un mito de los orígenes que hace que la fundación de la ciudad se remonte a los tiempos de los primeros reyes de Roma, o bien de Clodoveo I, o incluso hasta de Troya. El contraste entre los burgueses de las “buenas ciudades” y los de las ciudades bajo la administración directa del Estado es flagrante. Se sabe que Michelet había descrito la degradación de estos últimos, e incluso la fascinación que la nobleza les inspiraba a los nuevos ricos. Parece que,

¹⁹ Alain Derville, *Villes de France et d'Artois, 900-1500*, París, Presses Universitaires du Septentrion, 2002.

²⁰ *Ibid.*, pp. 127-128.

²¹ Philippe Grignet, *Le pouvoir dans la ville au XVIII^e siècle*, París, Éditions de l'EHESS, 1990.

²² *Ibid.*, p. 42.

de acuerdo con el análisis de Philippe Guignet, al mismo tiempo que estaban divididos entre ricos y pobres –división que, en una coyuntura de crisis económica, puede suscitar levantamientos populares–, los burgueses flamencos no dejaron de sentirse miembros de un cuerpo político cuya cohesión residía en una constitución. Quizá nada les resulta más ajeno que la creencia en un cuerpo mítico cuya manifestación vendría a ser el rey, un simple mortal, y quien al mismo tiempo representaría la cabeza. Sólo evocaba este ejemplo –tengo que recordarlo– porque nos convence de la persistencia de una tradición urbana en un lugar en donde sin embargo este tipo de institución se volvió marginal. Pero, si nos atenemos al norte de Europa, habría que poner el acento en el papel que desempeñaron sucesivamente, a escala internacional, algunas grandes ciudades. Brujas, después de haber sido en el siglo XIII el gran centro importador de lana y exportador de paño, y luego de haber tenido una decadencia en el transcurso de la cual los grandes comerciantes se volvieron terratenientes, se convierte a partir de 1300, y durante casi dos siglos, en el centro del comercio internacional, un comercio rigurosamente reglamentado que llevaba la marca de un considerable progreso en la racionalización económica, como lo muestran la generalización de los contratos notariales y de las políticas de seguros marítimos, de la letra de cambio, etcétera. Las facilidades ofrecidas a los extranjeros que afluyeron a la ciudad fueron lo que le dio el éxito. Los extranjeros se reagrupan en función de su nacionalidad: alemanes de la Hansa, ingleses, escoceses, aunque también venecianos, milaneses o luccaneses, catalanes, castellanos y portugueses. Es la época de las grandes empresas arquitecturales y del triunfo de la pintura, debido, por una parte, a la atracción que sobre los artistas, entre los que se cuentan muchos extranjeros, ejerce un medio afortunado que les ofrece una importante clientela. Amberes se vuelve su rival y la reemplaza definitivamente después de que el regente de los Países Bajos expulsa a las colonias de comerciantes de Brujas. La ciudad alcanza en este periodo un desarrollo todavía desconocido, se vuelve el centro mundial de la industria y el comercio, antes de enfrentar, a partir de la mitad del siglo XVI, las consecuencias de la guerra con Francia y luego una serie de desengaños, el primero de los cuales es la bancarrota del Estado español. En cuanto a Ámsterdam, cuyos primeros desarrollos se remontan al siglo XIII, resplandece una vez que se ha convertido, a consecuencia de las guerras de religión y de la guerra de liberación contra

España, la gran ciudad de la inmigración; recibe entonces a los comerciantes y a los artesanos del sur de Europa, y se beneficia con la afluencia de los extranjeros que dejaron Amberes. Ámsterdam es la ciudad-símbolo de la libertad durante algún tiempo. Se tiene una confirmación de esto al recordar que Descartes elige vivir ahí durante veinte años. “¿Qué otro país existe –le escribe a un correspondiente– en el que pueda disfrutarse de una libertad tan completa?”.²³ Al recordar que Spinoza encontró en este lugar en el que se formó, el recurso de la primera teoría que, en la teoría filosófica, hace la apología de la democracia; o también que Locke, exiliado de Inglaterra, elaboró, en el curso de los tres años pasados en Ámsterdam, los temas de su *Essai sur le pouvoir civil*. Añadamos que en Ámsterdam, tanto como en Amberes y en Brujas, la intensidad de la vida social va de la mano con el resplandecimiento del arte. De manera muy particular, en Ámsterdam nace la preocupación de una nueva arquitectura urbana, en la que el estilo renacentista se mezcla con lo gótico. La construcción del ayuntamiento, la planificación de una red de canales, la invención de un nuevo tipo de fachada de las casas, son otras tantas señales de una preocupación por darle a la ciudad una representación de sí misma.

Permítanme un paréntesis: al leer, hace algunos años, el libro de Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution*²⁴ –que explora toda una serie de folletos, pequeños tratados o diarios en los que se expresa vehementemente, poco antes de la guerra de independencia, la crítica a la opresión del poder monárquico inglés– comprobé que un tema recurrente era el de la desaparición o la decadencia de las ciudades libres en Europa. Teniendo como blanco principal el despotismo, personificado por Turquía, los panfletarios se lamentaban de la suerte de venecianos, alemanes, suecos, daneses, holandeses, de todos aquellos pueblos a los que habían vencido potencias tiránicas, o que habían estado de acuerdo en abandonar su independencia. Los únicos que todavía daban una imagen de libertad eran los suizos. Estos escritores (algunos de los cuales tomaban la pluma por vez primera) no eran forzosamente republicanos, y veneraban el tiempo en el que la *Common Law* garantizaba los derechos de todos los ingleses, por-

²³ Descartes, *Oeuvres et lettres*, Gallimard, col. La Pléiade, 1937 (carta a Balzac del 5 de mayo de 1631), p. 757.

²⁴ Cambridge, Mass., Harvard University, 1973.

que en ella residía la soberanía. Su visión era esquemática, pero atestiguaba que en 1770 todos los focos de vida civil, tanto la Hansa de las ciudades de Alemania como los grandes centros de Flandes y las ciudades libres de Italia habían desaparecido. Ya no existían más que Estados-nación o naciones que soñaban con formar Estados. No obstante, el Estado-nación, con los rasgos que les ofrece a los norteamericanos, algunos años después va a transformarse por el efecto de la Revolución francesa y a dar origen a un régimen republicano.

No es una casualidad que después de esta revolución y de las conmociones políticas que le sucedieron, es decir la aventura napoleónica y la Restauración, aparezca una historia de las comunas. Esta forma parte, para Augustin Thierry, de la historia del Estado llano, y para Guizot, es un componente de la historia de la civilización europea. Los dos historiadores, aunque sean partidarios de la monarquía constitucional, se preocupan por defender los logros de la Revolución francesa y por volver a situarla en la larga duración de las revoluciones comunales. Sin embargo, Michelet les reprochará que le prestaran poca atención al levantamiento de París bajo el impulso de Étienne Marcel en el siglo XV, y que por haber estado tan unidos a la idea de la centralización del Estado acabaran por ignorar “la pérdida de la mentalidad pública”²⁵ que acompañaba el reforzamiento de la monarquía y su evolución hacia el absolutismo.

De cualquier manera, hay razones para sorprenderse de que en sus trabajos, y más tarde en los de Pirenne, quien explora el conjunto de las experiencias de gobierno municipal en el continente, en sus *Villes du Moyen Âge*,²⁶ se haya silenciado el advenimiento de una teoría de la República y de una nueva concepción del civismo en Florencia, al final del *trecento* y el primer tercio del *quattrocento*. Aca-so sea porque el periodo excede la edad media, pero su *Histoire de l'Europe*²⁷

²⁵ Michelet, *Histoire de France*, “Introducción” al volumen *Renaissance*, 1955, sección IV: “El señor Guizot sospecha que algo hemos perdido en la caída de las comunas. Nada que no sea el alma [...] El señor Augustin Thierry, al admirar la reforma administrativa prevista por el partido de los ‘cabochiens’ [facción popular del partido borgoñón, bajo Carlos VI, llamado así por el nombre de su jefe, Simon Caboche, carnicero de París. N. del T.] ve en ello un progreso en relación con la revolución de Étienne Marcel [...] No parece observar la enorme caída de la mentalidad pública [...]”.

²⁶ H. Pirenne, *Les Villes du Moyen Âge. Essai d'histoire économique et sociale*, Bruselas, Éditions Lamartin, 1927.

²⁷ H. Pirenne, *Histoire de l'Europe des Invasions au XVI^e siècle*, Neufchâtel, Éditions de la Baconnière.

misma no hace más que una breve mención del republicanismo florentino. No es, sin embargo, que ignore la importancia de Florencia: “es la única ciudad europea que puede compararse con Atenas y es, como ella, en toda la extensión del término, un Estado, teniendo igual número de cuestiones por arreglar tanto afuera como adentro”. Y añade: “la vida urbana sobrepasa los marcos estrechos de la edad media (entendamos una época en la que, por lo demás, sigue inscribiéndose) y se vuelve vida cívica”.²⁸ Las ciudades italianas son tan antiguas como las ciudades del norte. Incluso parece que Venecia fue la más precoz, debido al hecho de su ubicación y de las relaciones que mantenía con Constantinopla (Yves Renouard lo señala en *Les hommes d'affaires italiens*).²⁹ Venecia puso a punto muy pronto instituciones eficaces que permitieron garantizar una repartición de los cargos públicos entre los miembros de las grandes familias, que los ejercían, cada uno, en virtud, pues, de su ascendencia. Falsa nobleza, no obstante, dirá Maquiavelo, bajo cuya apariencia se reconoce a una oligarquía burguesa. En Florencia, los *ottimati* no lograron formar un medio cerrado. Al ocupar las posiciones dominantes en las artes mayores (que equivalían a las gildas del norte), se enfrentaron a los miembros de las artes menores y, en igual medida, a las oleadas de nuevos ciudadanos provenientes del *contado* (la región vecina conquistada), quienes, ya sea por el hecho de la riqueza adquirida, o en razón de la notoriedad que les confería su cultura literaria y su talento en el arte de la oratoria, lograron inspirar respeto en los florentinos de rancio abolengo. Fue después de la grave crisis social que en 1378 desembocó en el levantamiento de los obreros de la lana, los *ciompi*, y que condujo a un acuerdo temporal con los oponentes más moderados del poder existente, cuando se dibujó una nueva ética de gobierno. Debemos el conocimiento de los cambios que se produjeron entonces, bajo la cancellería de Coluccio Salutati, a los trabajos pioneros de Hans Baron, autor de *The crisis of the early Italian Renaissance*.³⁰ Baron acreditó el concepto de humanismo cívico, que después dio origen a una abundante literatura. La república, muestra el autor, queda definida como un régimen mixto, ni democrático ni aristocrático, que es-

²⁸ *Ibid.*, p. 402.

²⁹ Yves Renouard, *Les hommes d'affaires italiens*, París, Armand Colin, 1943, pp. 56 y sig., pp. 109 y sig.

³⁰ Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance. Civic Humanism and Republican Liberty in an Age of Classicism and Tyranny*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1966.

capa a la apropiación del poder por parte de la minoría de poseedores de grandes fortunas y a la amenaza que hace pesar sobre el gobierno la *infima plebs*. Dejemos de lado el detalle de la constitución e ignoremos incluso una pregunta, sin embargo esencial, que el historiador no se plantea: ¿acaso este régimen y la ética que lo inspira no llevan, por una parte, la marca de una ideología, y esto en el sentido de que la función de la ideología consiste en hacer que intereses particulares se disfracen de valores universales, o lo que es más, consiste en disimular la división social con la imagen de la unidad? Si, en efecto, este fuera el caso –la lectura de Maquiavelo va a sugerirlo– quedaríamos impresionados por una conjunción de representaciones que marcan una ruptura con el universo mental en el que los hombres habían evolucionado en el curso de la edad media. Digamos también de la manera más breve posible que la ética política, la ética del comercio y la ética del conocimiento se confunden, mientras que se impone la idea, o bien de la superioridad de la *vita activa* sobre la *vita contemplativa*, o bien de una igual dignidad entre ambas. Se considera que la nobleza reside en el trabajo, no en el nacimiento, y que el goce de la libertad reside en el ejercicio de los derechos y en el cumplimiento de los deberes de los ciudadanos. La defensa de la ciudad se vuelve asunto de los ciudadanos, que, al asumirlo, militan por una causa universal. Es eso lo que debe demostrar la guerra que, en ese periodo, Florencia lleva a cabo contra Milán, sometida al despotismo de Visconti.

Según Baron, las ideas nuevas que se bosquejan entonces, todavía sin estar libres de las ambigüedades que contenía el pensamiento de Petrarca, no van a afirmarse por completo sino a partir de 1400, bajo el impulso de un pequeño número de humanistas, en particular del nuevo canciller Leonardo Bruni, llamado el Areentino, y desde entonces esas ideas resplandecerán mucho más allá del ámbito florentino. No habría que dejar de insistir en la relación que en tal coyuntura se entabla con la antigüedad. No es que, ciertamente, las referencias al pasado romano sean nuevas (basta con recordar la obra de Dante y también el descubrimiento de Aristóteles). Pero como primera señal de un cambio decisivo, es la república romana la que por vez primera se erige como modelo. Mejor aún: Bruto, a quien Dante había precipitado a los infiernos por haber asesinado a César, se vuelve el héroe de la libertad. A las viejas crónicas que remontaban la fundación de Florencia a la acción de las legiones de César, oponemos el hecho de que el ejército de

Sila la creó en tiempos de la República, de tal manera que es la sangre de los romanos libres lo que corre por las venas de los florentinos. Es un detalle anecdótico, podrá decirse, pero resulta notable el nuevo sentido de la diferencia de los tiempos, la percepción de un abismo entre lo antiguo y lo nuevo, la de un renacimiento –término que hay que tomar al pie de la letra, porque la idea es la de un nuevo nacimiento, de una era de creación que encuentra su garantía en la primera instauración de la república–. Forzando las cosas, me atrevería a decir que “descubramos la antigüedad” significa “seamos modernos”. Como lo señala la gran historiadora inglesa Frances Yates, el sentido de la diferencia de tiempos no existía anteriormente: el imperio romano parecía subsistir gracias a su transferencia a Carlomagno.³¹ A pesar de la formación de los Estados, en España, en Inglaterra y en Francia los monarcas reivindicaban una vocación imperial. En contraste con esta mitología, resulta impresionante la descripción que Bruni hace de la ciudad. En uno de sus opúsculos, *Panegyrique de la cité de Florence*, inspirado en el panegírico de Atenas que había compuesto Arístides, Bruni acompaña la definición de la constitución –presentada como la forma consumada del equilibrio entre los poderes– del cuadro de una ciudad cuya posición geográfica es única, y de la representación de su arquitectura, que corresponde a las leyes de la perspectiva y, según la expresión de Baron, transforma el paisaje urbano en una “gran estructura escénica”.

Mencionemos además un tema con un futuro promisorio, tomado de la literatura antigua, el del ciudadano-soldado.

Bruni compone una oración fúnebre en honor de un general, Nanni degli Strozzi, quien había sido uno de los jefes de la coalición contra Milán. En esta ocasión, se inspira en la célebre oración fúnebre de Pericles, tal como la relata Tucídides, en la que se rendía homenaje a los atenienses muertos durante la guerra del Peloponeso. En ambas circunstancias, la oración es la ocasión para celebrar a la ciudad. Bruni condena una política que contaba con mercenarios para defender Florencia y afirma que la república requiere la movilización y eventualmente el sacrificio de cada uno por la causa de la libertad (sin embargo, no parece haber

³¹ Frances Yates, *Astrée, le symbolisme impérial au XVI^e siècle*, París, Bellin, 1989, p. 32 (traducción de *The Imperial Theme in the Sixteenth Century*).

duda de que excluye del ejército a la *infima plebs*, a los hombres del más bajo rango).

¿Cómo no apreciar la originalidad de la concepción humanista de la ciudad? Ésta aparece en un sentido por encima de los ciudadanos, pero en otro como obra de éstos. Su propia historia, incluyendo la más reciente, merece ahora ser descrita (lo que hace Gregorio Dati). Y al mismo tiempo, lo que se modifica es la noción misma de institución. Así, la familia deja de parecer un dato por completo natural; resulta que la autoridad del padre se debe a su capacidad de ser un educador, el guía de sus hijos, gracias a un conocimiento de las aptitudes particulares de cada quien.

Y aunque se degrada cuando el gobierno pasa a manos de los Medicis, este humanismo cívico será la gran fuente de inspiración de la obra de Maquiavelo. Este último, es cierto, no cede a la ilusión de una Roma cuya grandeza habría reposado en la unión de los ciudadanos; él considera que todas las buenas leyes surgieron gracias a las desavenencias de la gente humilde con los patricios y a la resistencia que les opusieron. Roma, no obstante, sigue siendo la fuente de toda interrogante sobre la vida política. A los florentinos, Maquiavelo les enseña, en particular, que el deseo de opresión de los grandes es insaciable. Pero, por más singular que luego resulte ser, Maquiavelo es, sin duda alguna, el producto genial del mundo de la ciudad. Su obra, como lo vieron claramente los historiadores contemporáneos del republicanismo, J.G.A. Pocock o Quentin Skinner, es una referencia esencial en el curso de los siglos subsiguientes. Es contundente el juicio de Maquiavelo: ¿qué es lo que hace la fuerza de las repúblicas? se pregunta. Y responde: no soportan que ningún ciudadano viva como gentilhomme o que lo sea; están atadas a la más completa igualdad.

Tan fuerte ha sido la atracción ejercida por las grandes ciudades de la antigüedad, desde la época llamada del Renacimiento, que está uno tentado a encontrar en ellas el origen de la civilización europea. Habida cuenta de las ficciones que suscitaron los ejemplos de Esparta y de Roma bajo la Revolución francesa, o bien, después de Termidor, la “formación de una Atenas burguesa”, tan bien reconstituida por Pierre Vidal Naquet y Nicole Loraux,³² sigue resultando convincente la

³² Pierre Vidal Naquet, “La Formation de l’Athènes bourgeoise. Essai d’historiographie 1750-1850”, en *La démocratie grecque vue d’ailleurs*, París, Flammarion, 1990.

idea de una invención de la política, en Grecia, propuesta en los trabajos ya clásicos de Jean-Pierre Vernant y Moïse Finley, así como la de la creación de un “oficio de ciudadano” en Roma, según la expresión de Claude Nicolet.³³ De cualquier manera, la atención otorgada a los orígenes de la civilización europea no exime de percibir la discontinuidad de la historia que se desarrolló en el continente. Es precisamente la idea de esta discontinuidad lo que me inducía a concebir el surgimiento y desarrollo de una nueva forma de vida urbana a partir del siglo XII. Ahora bien, la lectura de la obra publicada, hace algunos años, por Aldo Schiavone, y hace muy poco traducida al francés con el título de *L'Histoire brisée: la Rome antique et l'Occident moderne*,³⁴ refuerza mi convicción. El autor hace más que sacar partido de las cuestiones que inspiraron a algunos historiadores –al frente de quienes se encuentran Momigliano y Roztovzeff– la interrupción del recorrido que había seguido Roma hasta los tiempos del apogeo de su imperio, es decir bajo los Antoninos. Sostiene, y puede incluso decirse que demuestra, con base en una documentación de excepcional riqueza, que hacia finales de la edad media se forjó una civilización esencialmente distinta a la de la antigüedad. Esta diferencia no se hace notar en términos cuantitativos, siguiendo los criterios de una teoría del desarrollo, ya que la “reanudación medieval” se efectuó “a partir de un umbral mucho más bajo que el que se había alcanzado anteriormente”,³⁵ tanto desde el punto de vista de la amplitud de los intercambios como del de la organización, y que es de orden cualitativo. Lo cito: “las ciudades que se materializaban –ya sea las que eran por completo nuevas [...] o las que se desarrollaban en un emplazamiento preexistente, romano– representaban un punto de partida por completo inédito”.³⁶ Este es un fenómeno tanto más notable cuanto que, según él, y como me había parecido a mí mismo, “nuestras ciudades de ahora, en Europa, son en muchos aspectos la continuación directa de lo que eran en la edad media”.³⁷

³³ Claude Nicolet, *Le métier de citoyen dans la Rome républicaine*, París, Gallimard, 1976.

³⁴ Aldo Schiavone, *L'Histoire brisée. La Rome antique et l'Occident moderne*, París, Bellen, 2003, trad. de Jean y Geneviève Bouffartigue (*La Storia Spezzata. Roma antica e Occidente moderno*, Lagterza e Fili Spa, 1999).

³⁵ *Ibid.*, p. 40.

³⁶ *Ibid.*, p. 42.

³⁷ *Loc. cit.*

El análisis de Schiavone abarca la historia de Roma desde sus orígenes hasta la época, siglo II después de Cristo, en la que se creería que había conseguido el mayor grado posible de poderío, cuando más bien estaba en vísperas de su decadencia. Resultaría inútil querer seguir el esquema de una historia en el curso de la cual la *polis*, antes que nada comunidad de pequeños propietarios-agricultores-soldados dirigida por una sobria nobleza, se diferenció en función de un conflicto entre partidarios de una política expansionista y tradicionalista –sin dejar de conservar un *ethos* aristocrático mediante un compromiso entre patricios y dirigentes plebeyos– y a la que luego conmocionaron las guerras y las conquistas. La gran preocupación de Schiavone es hacer resaltar los rasgos específicos de la economía romana. Ésta llegó a dibujarse como un sistema agrario-mercantil fundado en la esclavitud, y cuyos tres componentes principales –la agricultura, los esclavos y la circulación de mercancías– dependían estrechamente de una política imperialista. Sin embargo, la obra nos persuade de que no es posible dissociar el análisis de la economía del de las relaciones sociales y de las representaciones que de ellas forjaron sus agentes, ni de la de las estructuras mentales en función de las cuales los ciudadanos conciben la libertad, el trabajo, la riqueza y la nobleza, o bien la dignidad y la felicidad del hombre romano. Así, el sentido de la economía cae en el ámbito de una antropología.

En cierta medida, es verdad, el sistema económico parece determinante, y la prueba de ello es que los dos modos de actividad que contiene no lograron mantenerse más que volviéndose incompatibles: de un lado, domina la producción agrícola que se efectúa en una vasta red de sectores de economía natural y no se acompaña sino de un débil desarrollo de las manufacturas; del otro, el comercio a larga distancia logra una extraordinaria extensión, ligado como está a la piratería, a la guerra y a la conquista. A decir verdad, se trata más de una “economía dual”, como lo anota el historiador, que de un sistema, propiamente hablando, ya que permanecen desconectados una producción de campesinos-agricultores y un comercio cuyo crecimiento, a pesar de beneficios considerables, no se traduce en inversiones en la industria. Schiavone le reconoce a Marx el mérito de haber entendido que el capital antiguo queda confinado a la esfera de la circulación.³⁸

³⁸ *Op. cit.*, p. 126.

De esta escisión de la producción y la circulación parecen desprenderse algunas consecuencias sociales: comerciantes, especuladores y hombres de negocios no forman una capa distinta en la ciudad, no tienen la ambición de desempeñar un papel político, ni de imprimirle el gusto de la innovación; no se distinguen por la superioridad de su conocimiento de los negocios del mundo. Lo anoto de paso: el contraste que el comportamiento de los nuevos ricos le presenta a Florencia es sobrecogedor. Christian Bec, en *Les marchands-écrivains...*,³⁹ retrata a una pequeña élite que mezcla a la preocupación de la ganancia, no sólo la de la racionalidad empresarial, sino además la de la contención y de la transmisión de las prácticas comerciales y financieras en grandes compañías, cuya perennidad a menudo está a cargo de una familia, y también la de la educación precoz de los niños, la de la retórica y la del ejercicio de los oficios públicos. Tal como lo anota Schiavone: “En el mundo romano no se constituyó nunca una verdadera burguesía de empresarios-productores. Y el tema mismo de burguesía, tan rico en significado en la historia de la Europa moderna, no puede designar con exactitud ninguna capa social romana”.⁴⁰ Pero no puede uno atenerse a una constatación. De igual manera, el historiador no dice solamente, al hablar de los comerciantes, “que nunca lograron, ni siquiera en los municipios más desarrollados, liberar el fin de sus actividades económicas”, indica de inmediato que, para ellos, el modelo de riqueza era la renta del suelo y que no se desharían “ni social ni intelectualmente del campo de atracción que ejercía la aristocracia”.⁴¹ Sin discutir su individualismo, considera que éste era de un orden por completo diferente al del individualismo burgués, “que más bien se derivaba de una autarquía atávica y también de la mentalidad guerrera y heroica del patricio primitivo”,⁴² observación que incita a liberarse de todo determinismo, ya sea que se funde en el sistema económico o en el sistema regido por la política de conquista.

La esclavitud, que merece un análisis mayor, aclara mucho mejor la distancia irreductible que separa a la civilización europea de la de la antigüedad. Ningún historiador, que yo sepa, había caracterizado anteriormente con tanta firmeza a

³⁹ Christian Bec, *Les marchands-écrivains à Florence 1375-1444*, París, La Haye, Mouton y E.H.E.S.S., 1967.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 119.

⁴¹ *Ibid.*, p. 120.

⁴² *Ibid.*, p. 121.

la sociedad romana como una “sociedad esclavista”. Las cifras propuestas en apoyo de esta definición son exorbitantes. Por ejemplo, la que se refiere a la captura de 100 000 prisioneros al final de la primera guerra púnica, o si no la que indica que la tercera parte de la población de Italia se componía de esclavos bajo el principado de Augusto.⁴³

Sin poder evocar el relato de los acontecimientos que trastornaron la estructura de la sociedad en el último periodo de la República, y que provocaron un considerable incremento de esclavos, haciendo que sobre su trabajo reposara el sistema de redistribución puesta a punto por el Estado tanto como la producción necesaria para el armamento y la explotación de los grandes dominios, *villae, latifundia*, talleres del Estado, señalo que Schiavone habla de la esclavitud como de un *hecho total*,⁴⁴ es decir, como un indicador del conjunto de las relaciones que los hombres mantienen con la naturaleza y entre ellos. Mientras que la esclavitud se volvía el modelo preponderante de producción, “todo trabajo subordinado [entendamos: todo trabajo asalariado, todo trabajo para los demás] era atraído hacia la órbita oscura de una asimilación casi total a la condición servil”.⁴⁵ Lo único que confería un *status* político y la dignidad de ciudadano libre era el trabajo del campesino independiente, que sacaba de la naturaleza lo que era el producto de su fecundidad. Los artesanos, por el contrario, a pesar de su incremento, “se encontraban, en unánime opinión, confinados a los márgenes de la ciudadanía”. Ahora bien, considera el historiador, la omnipresencia de los esclavos “no podía menos que reflejarse en los comportamientos y la vivencia emocional de los hombres libres”.⁴⁶ Además resulta difícil distinguir lo que corresponde a una concepción primera de la libertad, y lo que corresponde a los acontecimientos que la afectan y la modifican. Sea como sea, no puede uno dejar de compartir las reflexiones que su análisis le inspira:

es un ejercicio al que no estamos acostumbrados, pero tratemos de pensar –aunque fuera por un instante– en lo que podía significar para la construcción de una persona-

⁴³ *Ibid.*, p. 133.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 137.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 145

⁴⁶ *Ibid.*

lidad y de una visión del mundo, el contacto cotidiano con una masa de hombres y mujeres sobre los que se ejercía o se veía ejercer un poder total y absoluto [...] una violencia inscrita en la institución y por completo independiente de las preferencias individuales de cada amo. Podríamos entonces percibir el abismo que separa la experiencia de un ciudadano romano, la microfísica de poderes que lo rodeaba, las formas de su socialización –lengua, derecho, tanto como afecto y sexualidad– de las de un hombre del Occidente contemporáneo⁴⁷ [un hombre de una especie que, no hay que olvidarlo, se dibuja desde el renacimiento medieval].

No hay duda de que fue en las ciudades propiamente europeas en donde se entabló, desde finales de la edad media, una novísima relación entre la libertad y el trabajo, y en donde se deshizo la imagen de encierro de la sociedad, la de una frontera entre quien tiene derecho a ser reconocido como ciudadano y como hombre y quien no lo tiene, la de un orden natural en función del cual la razón podría encontrar condiciones para ejercerse, la de un transcurrir del tiempo cuyos acontecimientos se ordenarían en el marco de un número determinado de configuraciones posibles. El hecho de que la invención política se haya producido en la ciudad antigua no nos impide reconocer que se abre una vía antes inimaginable, puesto que la innovación es acogida en cualquier ámbito, puesto que nace la idea de un tiempo irreversible, la de un porvenir que supera todo conocimiento adquirido, y puesto que se instaura un debate interminable sobre la distinción de lo legítimo y lo ilegítimo.

De esta breve incursión en la historia de las ciudades no pretendo sacar una conclusión para apreciar el proyecto de una constitución europea. Es sólo que me sorprende de lo que sus partidarios, tanto como sus adversarios, en las discusiones actualmente en curso, no se refieren sino al destino del Estado-nación, como si este hubiera sido, de acuerdo con unos, la “forma finalmente encontrada” (estoy parafraseando a Marx, quien celebraba la Comuna de París) de la comunidad política, y como si, de acuerdo con los otros, este destino se volviera una etapa en el establecimiento de una nueva estructura democrática. No sólo se confunden con este término Estados de diferente especie, gran número de los cuales

⁴⁷ *Ibid.*

no toleran el ejercicio de las libertades civiles y políticas, sino que se olvida todo lo que el Estado de tipo democrático le debe a la formación de una burguesía (en el sentido primario del término). Su dinamismo, el nuevo modo de dominación que ejercía y los principios a los que se encomendaba –en primer lugar, el de la igualdad– volvieron sensible la división social y suscitaron el conflicto de clases que dio origen a la democracia moderna. ¿Acaso no se percibe, ahora, que en aquellos lugares donde la burguesía nunca tuvo verdadera consistencia, resulta difícil o imposible establecer un régimen de libertades?

La unión política de Europa se plantea a menudo como una aventura sin precedentes. De cualquier manera, si llegara a realizarse, me imagino que aparecería como resultado de una civilización que se ha extendido a lo largo de los siglos. 